



ILMO. Y RMO. SEÑOR:

SEÑORES SACERDOTES:

SEÑORAS, SEÑORES:

No es extraño, Ilmo. Sr., que hayamos escogido la fecha de este día para felicitaros, porque para nosotros, para todo el Clero de la Diócesis y aun para V. S. Ilma. envuelve gratísimos recuerdos de premios y triunfos escolares alcanzados en las solemnes distribuciones que, desde hace 39 años han venido celebrándose el 17 de agosto. Vuestra feliz memoria recuerda que, en tal día como hoy del año 1883 presidiendo la fiesta el Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Ramón Camacho, de santa memoria, recibisteis como premio en el segundo curso de Teología Dogmática, la Historia de la Iglesia por Moreno Cebada, según consigna el libro respectivo de actas. Recuerdo que nos llena de santa alegría, mirando que sois nuestro por doble título.

Por el cargo que desempeñó indignamente en este Seminario Tridentino de nuestra Señora Santa María de Guadalupe (como acordaron llamarle sus fundadores), me corresponde llevar la voz en nombre de los superiores, profesores y alumnos para ofreceros sus respetos, obediencia y felicitaciones, lo que hago con la mejor voluntad y agrado; mas antes me permitiréis presentaros este Seminario, reseñando a grandes rasgos su humilde historia, desde el comienzo de la actual perturbación política y social.

Salvo el respeto debido al texto bíblico, parece esbozada esta historia en la visión de Nabucodonosor, que cuenta el libro sagrado de Daniel (c. 4^o): Véa en sueños

el Rey un árbol grande y robusto, cuya copa tocaba al cielo, y que parecía extenderse a los últimos confines de la tierra. Eran sus hojas hermosísimas y tan copiosos sus frutos, que podían alimentar a toda clase de animales: a su sombra vivían las bestias domésticas y las fieras, y en sus ramas anidaban las aves del cielo; cuando he aquí que un ángel descendió del cielo y clamó en alta voz diciendo: cortad el árbol, desmochad sus ramas, sacudid sus hojas y desparramad sus frutos; huyan las bestias que están bajo de él, y las aves que están en su follaje; dejad empero en la tierra la cepa de sus raíces y que sea bañada con el rocío del cielo.

Arbol grande y robusto era el Seminario al comienzo del año 1914, 49º de su existencia, bajo la prudente dirección de los PP. Operarios Diocesanos, a quienes se había confiado desde el año 1909 por el Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. Manuel Rivera, cuarto Obispo diocesano. Contaba con más de 80 alumnos internos, veinte de ellos clérigos, profesores competentes, edificio propio, magnífica biblioteca, mobiliario adecuado y varias becas para sostenimiento de alumnos pobres. Preparábase a la celebración del año jubilar de su fundación, verificada el dos de marzo de 1865, cuando he aquí la voz del ángel del Señor clamando: "Cortad el árbol, desmochad sus ramas, sacudid sus hojas y desparramad sus frutos."

En efecto, en vista de las alarmantísimas noticias que día a día llegaban sobre el avance de los revolucionarios al interior de la República, se suspendieron todas las clases el 19 de mayo de 1914, comenzando a separarse los alumnos cuyas familias vivían fuera de la ciudad; el 28 de julio se clausuró la casa, retirándose y dispersándose los superiores y alumnos que aun restaban, y el día siguiente entraron en la ciudad las tropas revolucionarias. Pocos días después, confiscado el edificio con su biblioteca y mobiliario, fué convertido en cuartel y en caballeriza el oratorio. El 29 de agosto se dió orden de destierro al Sr. Rector D. José Santo, al P. Andrés Verge y a otros sacerdotes, quienes entre vejaciones y desprecios fueron deportados a la frontera en donde ya se encontraban el Sr. Vicerrector, D. Laurentino García, y el Prefecto de disciplina D. Hipólito Rubio. Apenas un año había trans-

currido cuando ya los superiores se encontraban en el extranjero, y los alumnos, dispersos, entregándose a ocupaciones ajenas a su vocación, abandonaban la carrera iniciada. Cortado estaba el árbol, sacudidas sus hojas, desparramados sus frutos. El Seminario Tridentino de Querétaro había muerto. ¿Muerto, he dicho? Me he equivocado, la Providencia divina había dejado en tierra la cepa de sus raíces bañada con el rocío del cielo.

Si volviera a nacer un hombre perfecto, entiendo que no encontraría mejores pechos y brazos que los de su madre. Ese beneficio dispensó la Divina Bondad a nuestro seminario, haciendo que volviera a existir en los brazos y pechos de aquel grande hombre, que le consagró casi toda su vida, el M. I. Sr. Arcediano D. Florencio Rosas, verdadero Padre del Clero diocesano. Por haber tenido que ausentarse el M. I. Sr. Vicario Capitular, asumió por orden suya el gobierno de la Diócesis el referido I. Señor, a fines de agosto de 1914, y desde entonces comenzó a ocuparse del Seminario, en la manera que lo permitían las circunstancias, disponiendo que se reunieran los ordenandos en pequeños grupos bajo la dirección de sacerdotes muy recomendables, llevando vida común para la conservación del espíritu eclesiástico. La parroquia de San Juan del Río, la hacienda de Jurica y la misma casa del Sr. Arcediano, escogidas para dichas reuniones, fueron la cuna bendita, bañada con el rocío del cielo. Mejorando un poco la situación, en julio de 1915, dispuso que concurrieran los mismos ordenandos a la casa del que os dirige la palabra para reanudar los cursos de Teología Moral y S. Predicación, y a la casa contigua al templo de Santa Clara, para recibir clase de S. Liturgia bajo la dirección del Sr. Pbro. D. Alberto Luque, 2º Maestro de Ceremonias de la Catedral.

Bueno será conservar los nombres de los ordenandos que allí se reunían: fueron los Sres. Diáconos D. Domingo Tinajero, D. Demetrio Velázquez, D. Leopoldo Ruiz, D. Juan Rosas, D. Juan García, el Subdiácono D. Ricardo Rosas, los Minoristas D. José Díez Munguía, D. Cesáreo Munguía, D. Alfonso Martínez, D. Ezequiel de la Isla, D. Gonzalo Vega y D. Crescencio Flores. El 20 de noviembre del mismo año juntáronse los referidos en la casa del diezmo, agregándoseles los Diáconos D. Anastasio Martí-

nez, D. José Malagón, Subdiácono D. Antonio Pacheco, los Minoristas D. Juan González, D. José Carmen Espino y D. Luis Romero, para practicar los Ejercicios Espirituales, bajo la dirección del mismo M. I. Sr. Arcediano, Provicario Capitular. Un mes después, el 20 de diciembre, se comenzó en la misma casa un semi internado para los mismos ya expresados, fungiendo de Rector el M. I. Sr. Provicario Capitular, y de Prefecto, el Sr. Pbro. D. Luis Hernández. Desempeñó la clase de S. Escritura el M. I. Sr. Cango. Magistral D. Daniel Frías; la de Teología Moral, el Sr. Pbro. Dr. D. Rafael Herrera; la de Concilios Plenario y Provincial, el Sr. Pbro. Dr. D. Salvador Septién; la de Oratoria Sagrada, el Sr. Pbro. Ing. D. Zacarías Gómez; la de Ascética, el Sr. Pbro. D. Honorato Herrera, y la de Liturgia, el Sr. Pbro. D. Alberto Luque. Salvado estaba el seminario en plena efervescencia revolucionaria del período llamado preconstitucional, por el amor singular de Nuestro Señor a esta Diócesis y el valor y abnegación del Sr. Rosas.

El 19 de marzo de 1916 saboreábanse con fruición inefable dos frutos maduros de aquel Belén, con la ordenación sacerdotal de los Sres. Diáconos D. Demetrio Velázquez y D. Domingo Tinajero, verificada en la Capital de la República.

El año anterior, a iniciativa de los Ilmos. y Rmos. Sres. Arzobispos y Obispos mejicanos, residentes en los Estados Unidos a causa de los trastornos políticos, se había erigido en Castroville, pueblo de la diócesis de San Antonio Texas, el Seminario nacional mejicano de San Felipe Neri, con la cooperación de la benemérita Sociedad fundada en aquella República, para la extensión de la Iglesia Católica y el celo infatigable de Monseñor Kelley, su digno Presidente, reuniéndose muy pronto en dicho centro los ordenandos de doce diócesis de México. Dispuso la Divina Providencia que fuera nombrado 2º Rector de ese colegio el M. I. Sr. Vicario Capitular de esta diócesis, Cango. Lic. D. Manuel Reynoso, residente en San Antonio Texas, por la misma causa de los trastornos políticos; al ocupar dicho puesto acordó que pasaran a ese establecimiento nuestros ordenandos, lo que felizmente se llevó a efecto, saliendo en varios grupos que comenzaron a desfilar el 10 de

abril de 1916. Diez de ellos recibieron a su debido tiempo la ordenación de presbíteros, y al regresar a la diócesis vinieron a llenar los huecos habidos durante la vacante. Con el viaje de los ordenandos a Castroville y la sentidísima muerte del M. I. Sr. Arcediano Provicario Capitular D. Florencio Rosas, acaecida el 27 de marzo de 1917, finalizó el Seminario Mayor de la casa del diezmo; pero al siguiente mes nació el Seminario Menor en la casa situada en la calle primera de San Antonio, número 10, con las clases de 2º y 1º cursos de Latín, a cargo de los Sres. Pbro. D. Salvador Salazar y Diác. D. Alfonso Martínez, respectivamente. Concurrieron a la primera los jóvenes D. Moisés Cabrera, D. Domingo Muñiz, D. Miguel Olvera y D. Ascención Quijada. A la 2ª, D. Porfirio Vega, D. Luis Lozada, D. Jesús Olvera y D. Hilario Ledesma, únicos restos salvados del naufragio que causó la tormenta revolucionaria!

La reapertura definitiva del Seminario se verificó el 3 de noviembre de 1917 en la casa número 40 de la Av. Reforma (antes Huaracha), que se alquiló a la familia Nieto. A las 10 a. m. de ese día hicieron la profesión de fe ante el que habla, encargado del Gobierno Eclesiástico, los profesores y superiores domésticos. He aquí los nombres del cuerpo de superiores que inauguraron el Colegio: Rector interino y Director Espiritual, por no haber aceptado el primero de estos cargos, dos merítimos sacerdotes a quienes les había sido propuesto, el que habla; Comisión Disciplinar, los Sres. Cangos. Penitenciario D. Ignacio Carrillo y Magistral D. Daniel Frías; Comisión de administración temporal: Sres. Cangos. Dr. y Lic. D. Jesús M. Barbosa y Lic. D. José M. Arias, y el Sr. Pbro. D. Antonio Olguín; Vicerrector, Pbro. Dr. D. Salvador Septién; Prefecto de Disciplina, Profesor de Religión y Canto, Sr. Pbro. D. Ezequiel de la Isla; Profesor de 1er. Curso de Filosofía, Sr. Pbro. D. Honorato Herrera; Profesor de 2º Curso de Latinidad, Sr. Pbro. D. Alberto Luque, Profesor de 1er. Curso de Latinidad, Sr. Pbro. D. Luis Hernández.

Comenzaron los cursos con nueve alumnos; mas, ese pequeño grupo semejante a un granito de mostaza, ostensiblemente regado con el rocío del cielo, fué cre-

ciendo, creciendo, hasta llegar a veinticinco el número de los alumnos que se presentaron a examen al fin del curso. Fué el año de la Benignidad del Señor, y su historia puede compendiarse con estas palabras: "El corazón era uno y el alma una". Superiores y alumnos no pretendían otra cosa que agradar a Dios. Tranquilos deslizáronse los días en una alternativa excelentemente educadora, de unión con Dios por los ejercicios de piedad, hábito del trabajo por el estudio e higiene por la recreación honesta. La Comunión diaria fué hecho verdaderamente consolador, y gracias a Dios no hubo necesidad de castigar a ningún alumno.

Verificada la solemne distribución de premios en agosto, vacaron los alumnos durante septiembre, en Tequisquiapan y en Las Rosas, sucesivamente, en los edificios de la Compañía Hidro-Eléctrica Queretana, por bondad del Sr. Gerente D. Juan Septién y del Sr. Ing. D. Juan B. Alcocer, Vicepresidente de la misma compañía.

Para el curso de 1918 a 1919 fué necesario trasladar el Colegio a esta casa, que le deparó la Divina Providencia y la buena voluntad de sus propietarias las Sritas. Cosío y Siurob, con el fin de aumentar el número de alumnos y de clases. Los primeros llegaron a 35, y las segundas a diez.

La mudanza del Colegio creo que agradó al Señor; pues se dignó santificar la nueva casa con la estigma del dolor. Apenas instalados en ella, fueron víctimas de la terrible epidemia de la Influenza dos de los Superiores y todos los alumnos, excepto siete. Pasó a mejor vida con muerte envidiable el joven Hilario Ledesma, cursante de segundo de Latinidad, y desde ese día comenzaron a mejorar los demás enfermos.

Los cursos principiaron el 3 de noviembre: desde ese día deslizóse tranquilo el año, con manifiesta protección de Dios nuestro Señor, quien nos ha favorecido en el orden natural con la nueva casa, con dos huertas agregadas a ella para solaz de los alumnos, la menor por favor de su propietario el Sr. D. Manuel Urquiza; la mayor, arrendada en módico precio; con el pavimento de mosaico del oratorio, donado por la Sra. Guadalupe Urquiza de Alvarez y su esposo, con la pequeña biblioteca de más de 2000

volúmenes, obsequio en gran parte de varios sacerdotes, y con el auxilio pecuniario de varios bienhechores, mereciendo especial mención el Sr. D. José Mesa y la Srita. M. Dolores Urquiza y Figueroa. En el orden moral, con el regreso a la diócesis del M. I. Sr. Vicario Capitular, verdadero padre del Seminario; con la bendición especial de Su Santidad Benedicto XV, enviada el 28 de abril del presente año al Rector, Profesores, alumnos, benefactores y Comisiones canónicas: con el nuevo Reglamento ajustado al Código Canónico, e implantado *ad experimentum*; con la apertura de un curso preparatorio para el estudio de Latinidad; con la reorganización de la Congregación de Nuestra Señora de Guadalupe y San Luis Gonzaga, que cuenta con 28 socios activos y 17 honorarios; y con la ordenación de Presbíteros de los alumnos D. José Maldonado y D. José Carmen Espino.

El aprovechamiento escolar de los alumnos lo verá V. S. Ilma. en los diplomas y premios que van a distribuírseles. Pero el mayor favor que a Dios debemos durante este año escolar es la designación de V. S. Ilma. y Rma. para regir esta diócesis; pues como Rector que ha sido del metropolitano, tiene conocimiento experimental de lo que es un Seminario, de los cuidados asiduos que demanda, y ha sentido para con los alumnos ese amor más que de madre, que la Providencia Divina infunde en los corazones de los legítimos superiores. Por lo cual tenemos sobrada razón para congratularnos; pues, si como lo esperamos, toda la Diócesis habrá de ser beneficiada con la santa, sabia, prudente y firme administración de V. S. Ilma., muy especialmente lo será el Seminario, como más allegado a vuestro corazón.

Recibid por lo tanto nuestros plácemes y felicitaciones; no las inspira la adulación ni otro móvil ruin: son sinceras, puras y cordiales. Reciba también el cielo nuestras oraciones, que elevamos por la prosperidad de V. S. Ilma. y Rma.

Ellas están condensadas en estas palabras de la Sagrada Liturgia: "Stet et pascat in fortitudine tua, Domine, in sublimitate nominis tui".

DIXI.